



Microtextualidades
Revista Internacional de
microrrelato y minificción

El Viejo Soberano

Directora
Ana Calvo Revilla

Editor adjunto
Ángel Arias Urrutia

GERARDO SERRANO RODRÍGUEZ

gerarser1991@gmail.com

TERCER PREMIO EN LA CATEGORÍA DE CUENTO EN EL
CONCURSO “MICRORRELATO Y CUENTÍSTICA DEL
CONFINAMIENTO EN CASA”, ORGANIZADO POR LA
FUNDACIÓN ÁNGEL HERERRA ORIA Y EL PROYECTO DE
INVESTIGACIÓN MiRED

Número 8, pp. 115-117
ISSN: 2530-8297



Este material se publica bajo
licencia Creative Commons:
Reconocimiento-No Comercial-Sin
Derivadas
Licencia Internacional
CC-BY-NC-ND

El Viejo Soberano

Aún a día de hoy resulta difícil comprender cómo consiguieron convencer al Viejo Soberano de que la mejor solución para los problemas más recientes que atravesaba su reino era que él mismo permaneciera confinado. Es cierto que la actual crisis del país parecía desproporcionada con respecto a otras a las que se había enfrentado antes, y era evidente que el pueblo se hallaba bien próximo a organizar una revuelta catastrófica a todos los efectos, pero aun así no es fácil explicar cómo pudo el Viejo Soberano ceder ante la presión de sus consejeros, en quienes había delegado el gobierno de la nación hacía ya mucho tiempo, y dejarse encerrar en sus aposentos sin exigir mayores explicaciones. Siempre se puede aducir que el Viejo Soberano, ya muy encaminado hacia el fin de sus días, había llegado a esa etapa de la vida, penosa aunque tristemente inevitable, en que los ancianos se vuelven sumisos y, en su debilidad, obedecen sin cuestionar las indicaciones de aquellos en quienes, poco o mucho, confían. Sin embargo, insistimos, no es fácil hallar razones por las que un sabio venerable como él hubiera podido caer en semejante error.

En cualquier caso, como decimos, el Viejo Soberano, acomodado y atenuado como se encontraba, había decidido (o, mejor dicho, habían decidido por él) permanecer enclaustrado en los aposentos reales hasta que la turbulenta situación hubiera dado paso a la calma tensa que también sucede a la tormenta. Le habían hecho creer que con esa medida los ánimos del pueblo se verían aplacados, ajena a su vista la presencia del rey. Tampoco, todo hay que decirlo, le resultaba molestia alguna, puesto que, al tratarse de una persona de edad muy avanzada, sus hábitos y actividades podían realizarse en espacios reducidos, cualidad que, dicho sea de paso, no se ajustaba a unas dependencias como las suyas, claro. Además, se suponía que la medida no llevaría más de un par de semanas, un mes a lo sumo, con lo que el anciano se confortaba a sí mismo recordándose que todo terminaría felizmente pronto.

Durante el tiempo que permaneció confinado, el Viejo Soberano apenas modificó su rutina diaria. Recibía cada jornada en sus habitaciones cada una de las tres exquisitas comidas que los mejores cocineros del reino le preparaban; manjares que, también es justo reconocerlo, fueron perdiendo su calidad no de forma tan sutil como al anciano le hubiera gustado conforme transcurrían los días. Empleaba la mayor parte de su tiempo en estudiar algunos de los magníficos ejemplares que colmaban los estantes de su biblioteca personal. Todas las tardes, a la caída del sol, dedicaba al astro que languidecía en el horizonte hermosas baladas que él mismo componía, acompañadas de los dulces acordes que despertaban sus caricias sobre el laúd: costumbre que, a medida que transcurrían las semanas (mucho más de cuatro, muy lejos de lo asegurado) fue tiñéndose de amarga melancolía, pues extrañaba, y mucho, el buen clima que acompañaba, como cada año, la primavera que se le había arrebatado.

Transcurrieron las semanas. Desde un principio, el Viejo Soberano se había mostrado muy interesado en los acontecimientos que lo habían llevado a su no del todo voluntario confinamiento, preguntando cada mañana al mayordomo que le servía el desayuno por las últimas novedades relativas al desarrollo de la crisis. También solicitaba él mismo con cierta frecuencia la presencia de su consejero de mayor confianza, para sustraerle información más precisa que la que le otorgaba su buen sirviente. La respuesta siempre

era la misma: *todo va bien. Todo va bien. El pueblo está más tranquilo, pronto todo habrá acabado*. Las primeras tres semanas de enclaustramiento, el Viejo Soberano aceptaba de buen grado las optimistas y edulcoradas noticias que recibía. No obstante, con el paso de las semanas, comenzó a recelar de las mismas, y a sospechar que quizá, sólo quizá, las novedades no fueran tan prometedoras como se le afirmaba. Es más, el Viejo Soberano llegó a pensar, con la lucidez de que en su sabiduría disponía, que muy posiblemente sus consejeros estuvieran aprovechando la oportunidad que la crisis les ofrecía para tomar el poder del reino en su totalidad, desbancándolo del trono por la fuerza.

Sin embargo, poco podía hacer él, débil, indefenso y confinado en sus aposentos; de modo que continuó con su apacible y cultural rutina, ansiando cada jornada un poquito más el calor del sol de aquella primavera que ya terminaba. Sus aposentos, confortables como sólo pueden serlo los de un gran rey, espaciosos como enormes salones, comenzaron a resultarle opresores, y, cuando ya llevaba cerca de dos meses enclaustrado, deseó con intensidad poder abandonar las cámaras reales, y así se lo comunicó a su consejero de mayor confianza. Éste, tras la insistencia del Viejo Soberano, le concedió a regañadientes la posibilidad de deshabitar sus estancias durante un rato cada día, oportunidad que fue bien recibida por el monarca, quien desde aquella misma tarde aprovechó la ocasión para salir a pasear por los espléndidos jardines reales.

Transcurrieron los días, en los que el Viejo Soberano había añadido a su rutina reconfortantes caminatas a través de los vergeles que poblaban los alrededores de su palacio. También solía realizar algunas excursiones por las diferentes dependencias del palacio, permaneciendo siempre en la sospecha de que todos sus movimientos estaban siendo minuciosamente vigilados por los guardias con quienes se cruzaba, ojos de los consejeros que a sus espaldas contra él conspiraban.

Fue precisamente durante una de estas exploraciones cuando, al pasear junto a la cámara de las audiencias, contempló con dolor y estupor que su suspicacia no era infundada. Pues, apoltronado en el trono y con la corona sobre la cabeza, su consejero de mayor confianza ocupaba su lugar.

El Viejo Soberano, en su ancianidad y acomodamiento, se había dejado usurpar sin haber presentado la menor batalla.

Dedicado a todos aquellos ancianos y enfermos que en estos días de oscuridad fallecen en la soledad de sus lechos sin nadie que les tienda una mano.

Nos acordamos de vosotros.

Descansad en paz.